Delmira Agustini

Los Cálices Vacíos



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los cálices vacíos

Delmira Agustini

Publicado: 1913
Fuente: archive.org

Índice

1. Los cálices vacíos
    1. Nota de la edición
    2. Pórtico
    3. Los cálices vacíos
        1. Ofrendando el libro
        2. Nocturno
        3. Tu boca
        4. ¡Oh, tú!
        5. En tus ojos
        6. Día nuestro
        7. Tres pétalos a tu perfil
        8. La ruptura
        9. Visión
    4. Lis púrpura
        1. Con tu retrato
        2. En silencio…
        3. Otra estirpe
    5. De fuego, de sangre y de sombra
        1. El surtidor de oro
        2. Fiera de amor
        3. Ceguera
        4. Inextinguibles…
        5. Para tus manos
        6. Nocturno
        7. El cisne
        8. Plegaria
        9. A lo lejos…
    6. Al lector
    7. De «Cantos de la Mañana»
        1. Fragmentos
        2. De «Elegías dulces»
        3. La barca milagrosa
        4. El vampiro
        5. Supremo idilio

    6. A una cruz
    7. Lo inefable
    8. * * *
    9. Las coronas
    10. ¡Vida!
    11. Las alas
    12. Un alma
    13. El nudo
    14. Fue al pasar
    15. Tú dormías…
    16. Primavera
    17. Los relicarios dulces
8. Poemas
    1. El diamante
    2. El raudal
    3. Los retratos
9. De «El Libro Blanco»
    1. El poeta leva el ancla
    2. Por campos de ensueño
    3. Noche de Reyes
    4. La sed
    5. Rebelión
    6. La estatua
    7. Racha de cumbres
    8. El hada color de rosa
    9. La musa
    10. La siembra
    11. Nardos
    12. Mi oración
    13. * * *
    14. Carnaval
    15. De mi númen a la muerte
    16. El poeta y la diosa
    17. El poeta y la ilusión
    18. Una chispa
    19. Batiendo la selva
    20. Mi musa triste

21. * * *
22. Mis ídolos
23. Misterio: ven…
24. Íntima
25. Explosión
26. Amor
27. El intruso
28. Desde lejos
29. La copa del amor
30. ¡Ave, envidia!

Guide

1. Los cálices vacíos

Los cálices vacíos

Nota de la edición

Los cálices vacíos, de Delmira Agustini, se reproduce en esta edición digital según la primera edición (Montevideo, O. M. Bertani, 1913), con el pórtico de Rubén Darío y las selecciones de *Cantos de la mañana* (1910) y *El libro blanco* (1907) que la autora incluyó en el volumen. Se han omitido los «Juicios críticos» de otros autores que la edición recogía al final, por no estar todos ellos en dominio público.

Se ha modernizado la acentuación conforme a las normas actuales de la RAE y se han añadido los signos de apertura de exclamación e interrogación que el impreso omite, sin alterar el vocabulario, la medida ni la puntuación expresiva de la autora.

Pórtico

De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor. A veces rosa por lo sonrosado, a veces lirio por lo blanco. Y es la primera vez en que en lengua castellana aparece un alma femenina en el orgullo de la verdad de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina. Si esta niña bella continúa en la lírica revelación de su espíritu como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de lengua española. Sinceridad, encanto y fantasía, he allí las cualidades de esta deliciosa musa. Cambiando la frase de Shakespeare, podría decirse «that is a woman», pues por ser muy mujer dice cosas exquisitas que nunca se han dicho. Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad.

Rubén Darío

Los cálices vacíos

Debout sur mon orgueil je veux montrer au soir
L'envers de mon manteau endeuillé de tes charmes,
Son mouchoir infini, son mouchoir noir et noir,
Trait à trait, doucement, boira toutes mes larmes.

Il donne des lys blancs à mes roses de flamme
Et des bandeaux de calme à mon front délirant…
Que le soir sera bon!…Il aura pour moi l'âme
Claire et le corps profond d'un magnifique amant.

Ofrendando el libro

A Eros

Porque haces tu can de la leona
Más fuerte de la Vida, y la aprisiona
La cadena de rosas de tu brazo.

Porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
Esencial de los troncos discordantes
Del placer y el dolor, plantas gigantes.

Porque emerge en tu mano bella y fuerte,
Como en broche de místicos diamantes
El más embriagador lis de la Muerte.

Porque sobre el Espacio te diviso,
Puente de luz, perfume y melodía,
Comunicando infierno y paraíso.

—Con alma fúlgida y carne sombría…

NOCTURNO

Fuera, la noche en veste de tragedia solloza
Como una enorme viuda pegada a mis cristales.

Mi cuarto:…
Por un bello milagro de la luz y del fuego
Mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras:
Tiene un musgo tan suave, tan hondo de tapices,
Y es tan vívida y cálida tan dulce que me creo
Dentro de un corazón…

¡Mi lecho que está en blanco es blanco y vaporoso
Como flor de inocencia,
Como espuma de vicio!
Esta noche hace insomnio;
Hay noches negras, negras, que llevan en la frente
Una rosa de sol…
En estas noches negras y claras no se duerme.

¡Y yo te amo, Invierno!
Yo te imagino viejo,
Yo te imagino sabio,
Con un divino cuerpo de mármol palpitante
Que arrastra como un manto regio el peso del Tiempo…
Invierno, yo te amo y soy la primavera…
Yo sonroso, tú nievas:
Tú porque todo sabes,
Yo porque todo sueño…

…¡Amémosnos por eso!…
Sobre mi lecho en blanco,
Tan blanco y vaporoso como flor de inocencia,
Como espuma de vicio,
Invierno, Invierno, Invierno,
¡Caigamos en un ramo de rosas y de lirios!

Tu boca

Yo hacía una divina labor, sobre la roca
Creciente del Orgullo. De la vida lejana,
Algún pétalo vívido me voló en la mañana,
Algún beso en la noche. Tenaz como una loca,
Seguía mi divina labor sobre la roca,

Cuando tu voz que funde como sacra campana
En la nota celeste la vibración humana,
Tendió su lazo de oro al borde de tu boca;

—¡Maravilloso nido del vértigo, tu boca!
Dos pétalos de rosa abrochando un abismo…—

Labor, labor de gloria, dolorosa y liviana;
¡Tela donde mi espíritu se fue tramando el mismo!
Tú quedas en la testa soberbia de la roca,

¡Y yo caigo sin fin en el sangriento abismo!

¡Oh, tú!

Yo vivía en la torre inclinada
De la Melancolía…
Las arañas del tedio, las arañas más grises,
En silencio y en gris tejían y tejían.

¡Oh la húmeda torre!…
Llena de la presencia
Siniestra de un gran búho,
Como un alma en pena;

Tan mudo que el Silencio en la torre es dos veces;
Tan triste, que sin verlo nos da frío la inmensa
Sombra de su tristeza.

Eternamente incuba un gran huevo infecundo,
Incrustadas las raras pupilas *más allá*;
O caza las arañas del tedio, o traga amargos
Hongos de soledad.

¡El búho de las ruinas ilustres y las almas
Altas y desoladas!
Náufraga de la Luz yo me ahogaba en la sombra…
En la húmeda torre, inclinada a mí misma,
A veces yo temblaba
Del horror de mi sima.

¡Oh Tú que me arrancaste a la torre más fuerte!
Que alzaste suavemente la sombra como un velo,
Que me lograste rosas en la nieve del alma,
Que me lograste llamas en el mármol del cuerpo;
Que hiciste todo un lago con cisnes, de mi lloro…
¡Tú que en mí todo puedes,
En mí debes ser Dios!
De tus manos yo quiero hasta el Bien que hace mal,

Soy el cáliz brillante que colmarás, Señor;
¡Soy, caída y erguida como un lirio a tus plantas,
Más que tuya, mi Dios!
Perdón, perdón si peco alguna vez, soñando
Que me abrazas con alas ¡todo mío! en el Sol…

En tus ojos

¡Ojos a toda luz y a toda sombra!
¡Heliotropos del Sueño! Plenos ojos
Que encandiló el Milagro y que no asombra
Jamás la vida… Eléctricos cerrojos
De profundas estancias; claros broches,
Broches oscuros, húmedos, temblantes,
Para un collar de días y de noches…
Bocas de abismo en labios centelleantes;

Natas de amargas mares nunca vistas;
Claras medallas; tétricos blasones;
Capullos de dos noches imprevistas
Y madreperlas de constelaciones…

¿Sabes todas las cosas palpitantes,
Inanimadas, claras, tenebrosas,
Dulces, horrendas, juntas o distantes,
Que pueden ser tus ojos?… ¡Tantas cosas
Que se nombraran infinitamente!…
¡Maravilladas veladoras mías
Que en fuego bordan visionariamente
La trama de mis noches y mis días!…
Lagos que son también una corriente…

¡Jardines de los iris! devorados
Por dos fuentes que eclipsan los tesoros

Sombríos más sombríos, más preciados…
Firmamentos en flor de meteoros;

Fondos marinos, cristalinas grutas
Donde se encastilló la Maravilla;
Faros que apuntan misteriosas rutas…
Caminos temblorosos de una orilla

Desconocida; lámparas votivas
Que se nutren de espíritus humanos
Y que el milagro enciende; gemas vivas
Y hoy por gracia divina, ¡siemprevivas!
¡Y en el azur del Arte, astros hermanos!

Día nuestro

—La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente.—
Tu espíritu amanece maravillosamente;
Su luz entra en mi alma como el sol a un vergel…

—Pleno sol. Llueve fuego.— Tu amor tienta, es la gruta
Afelpada de musgo, el arroyo, la fruta,
La deleitosa fruta madura a toda miel.

—El Ángelus.— Tus manos son dos alas tranquilas,
Mi espíritu se dobla como un gajo de lilas,
Y mi cuerpo te envuelve… tan sutil como un velo.

—El triunfo de la Noche.— ¡De tus manos, más bellas,
Fluyen todas las sombras y todas las estrellas,
Y mi cuerpo se vuelve profundo como un cielo!

Tres pétalos a tu perfil

En oro, bronce o acero
Líricos grabar yo quiero
Tu Wagneriano perfil;
Perfil supremo y arcano
Que yo torné casi humano:
Asómate a mi buril.

Perfil que me diste un día
Largo de melancolía
Y rojo de corazón;
¡Perfil de antiguos marfiles,
Diamante de los perfiles,
Mi lira es tu medallón!

Perfil que el tedio corona,
Perfil que el orgullo encona
Y estrella un gran ojo gris,
Para embriagar al Futuro,
Destila, tu filtro oscuro
En el cáliz de este lis.

La ruptura

Érase una cadena fuerte como un destino,
Sacra como una vida, sensible como un alma;
La corté con un lirio y sigo mi camino
Con la frialdad magnífica de la Muerte… Con calma

Curiosidad mi espíritu se asoma a su laguna
Interior, y el cristal de las aguas dormidas,

Refleja un dios o un monstruo, enmascarado en una
Esfinge tenebrosa suspensa de otras vidas,

VISIÓN

¿Acaso fue en un marco de ilusión,
En el profundo espejo del deseo,
O fue divina y simplemente en vida
Que yo te vi velar mi sueño la otra noche?

En mi alcoba agrandada de soledad y miedo,
Taciturno a mi lado apareciste
Como un hongo gigante, muerto y vivo,
Brotado en los rincones de la noche
Húmedos de silencio,
Y engrasados de sombra y soledad.

Te inclinabas a mí supremamente,
Como a la copa de cristal de un lago
Sobre el mantel de fuego del desierto;
Te inclinabas a mí, como un enfermo
De la vida a los opios infalibles
Y a las vendas de piedra de la Muerte;
Te inclinabas a mí como el creyente
A la oblea de cielo de la hostia…
—Gota de nieve con sabor de estrellas
Que alimenta los lirios de la Carne,
Chispa de Dios que estrella los espíritus.—
Te inclinabas a mí como el gran sauce
De la Melancolía
A las hondas lagunas del silencio;
Te inclinabas a mí como la torre
De mármol del Orgullo,
Minada por un monstruo de tristeza,

A la hermana solemne de su sombra…
Te inclinabas a mí como si fuera
Mi cuerpo la inicial de tu destino
En la página oscura de mi lecho;
Te inclinabas a mí como al milagro
De una ventana abierta al más allá.

¡Y te inclinabas más que todo eso!

Y era mi mirada una culebra
Apuntada entre zarzas de pestañas,
Al cisne reverente de tu cuerpo.
¡Y era mi deseo una culebra
Glisando entre los riscos de la sombra
A la estatua de lirios de tu cuerpo!

Tú te inclinabas más y más… y tanto,
Y tanto te inclinaste,
Que mis flores eróticas son dobles,
Y mi estrella es más grande desde entonces.
Toda tu vida se imprimió en mi vida…

Yo esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico; ¡un abrazo
De cuatro brazos que la gloria viste
De fiebre y de milagro, será un vuelo!
Y pueden ser los hechizados brazos
Cuatro raíces de una raza nueva:

Y esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico…
¡Y cuando,
Te abrí los ojos como un alma, y vi
Que te hacías atrás y te envolvías
En yo no sé qué pliegue inmenso de la sombra!

Lis púrpura

Con tu retrato

Yo no sé si mis ojos o mis manos
Encendieron la vida en tu retrato;
¡Nubes humanas, rayos sobrehumanos,
Todo tu *Yo* de emperador innato

Amanece a mis ojos, en mis manos!
¡Por eso, toda en llamas, yo desato
Cabellos y alma para tu retrato,
Y me abro en flor!… Entonces, soberanos

De la sombra y la luz, tus ojos graves
Dicen grandezas que yo sé y tú sabes…
Y te dejo morir… Queda en mis manos

Una gran mancha lívida y sombría…
¡Y renaces en mi melancolía
Formado de astros fríos y lejanos!

En silencio…

Por tus manos indolentes
Mi cabello se desfloca;

Sufro vértigos ardientes
Por las dos tazas de moka

De tus pupilas calientes;
Me vuelvo peor que loca
Por la crema de tus dientes
En las fresas de tu boca;

¡En llamas me despedazo
Por engarzarme en tu abrazo,
Y me calcina el delirio
Cuando me yergo en tu vida,
Toda de blanco vestida,
Toda sahumada de lirio!

Otra estirpe

Eros yo quiero guiarte, Padre ciego…
¡Pido a tus manos todopoderosas,
Su cuerpo excelso derramado en fuego
Sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy desplego
Brinda el nectario de un jardín de Esposas;
¡Para sus buitres en mi carne entrego
Todo un enjambre de palomas rosas!

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
Mi gran tallo febril… Absintio, mieles,
Viérteme de sus venas, de su boca…
¡Así tendida soy un surco ardiente,
Donde puede nutrirse la simiente,
De otra Estirpe sublimemente loca!

De fuego, de sangre y de sombra

El surtidor de oro

Vibre, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos;
De las espumas armoniosas surja
Vivo, supremo, misterioso, eterno,
El amante ideal, el esculpido
En prodigios de almas y de cuerpos;
Debe ser vivo a fuerza de soñado,
Que sangre y alma se me va en los sueños;
¡Ha de nacer a deslumbrar la Vida,
Y ha de ser un dios nuevo!
Las culebras azules de sus venas
Se nutren de milagro en mi cerebro…

Selle, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos;
El amante ideal, el esculpido
En prodigios de almas y de cuerpos,
Arraigando las uñas extrahumanas
En mi carne, solloza en mis ensueños:
—¡Yo no quiero más Vida que tu vida,
Son en ti los supremos elementos;
Déjame bajo el cielo de tu alma,

En la cálida tierra de tu cuerpo!—
—¡Selle, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos!

Fiera de amor

Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones.
De palomos, de buitres, de corzos o leones,
No hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor,
Había ya estragado mis garras y mi instinto,
Cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto,
Me deslumbró una estatua de antiguo emperador.

Y crecí de entusiasmo; por el tronco de piedra
Ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
Hasta el pecho, nutrido en nieve al parecer;
Y clamé al imposible corazón… la escultura
Su gloria custodiaba serenísima y pura,
Con la frente en Mañana y la planta en Ayer.

Perenne mi deseo, en el tronco de piedra
Ha quedado prendido como sangrienta hiedra;
Y desde entonces muerdo soñando un corazón
De estatua, presa suma para mi garra bella;
No es ni carne ni mármol: una pasta de estrella
Sin sangre, sin calor y sin palpitación…

¡Con la esencia de una sobrehumana pasión!

Ceguera

Me abismo en una rara ceguera luminosa
Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida.
¿Se ha prendido en mí como brillante mariposa,
O en su disco de luz he quedado prendida?

No sé…
Rara ceguera que me borras el mundo,
Estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
¡Dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

Inextinguibles…

¡Oh tú que duermes tan hondo que no despiertas!
Milagrosas de vivas, milagrosas de muertas,
Y por muertas y vivas eternamente abiertas,

Alguna noche en duelo yo encuentro tus pupilas

Bajo un trapo de sombra o una blonda de luna.
Bebo en ellas la Calma como en una laguna.
Por hondas, por calladas, por buenas, por tranquilas

Un lecho o una tumba parece cada una.

Para tus manos

Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño;
Que disteis toda belleza
Que toda belleza os dieron;
Tan vivas como dos almas,
Tan blancas como de muerto,
Tan suaves que se diría
Acariciar un recuerdo;
Vasos de los elixires
Los filtros y los venenos;
¡Manos que me disteis gloria
Manos que me disteis miedo!
Con finos dedos tomasteis
La ardiente flor de mi cuerpo…
Manos que vais enjoyadas
Del rubí de mi deseo,
La perla de mi tristeza,
Y el diamante de mi beso:
¡Llevad a la fosa misma
Un pétalo de mi cuerpo!
Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño.

¿En qué tela de llamas me envolvieron
Las arañas de nieve de tus manos?
¡Red de tu alma y de tu carne, lía
Mis alas y mis brazos!

Tú me llegaste de un país tan lejos
Que a veces pienso si será soñado…
Venías a traerme mi destino,
Talvez desde el Olimpo, en esas manos;

Y hoy que tu nave peregrina cruza
No sé qué mar al soplo del Acaso,
Ellas abren sin fin sobre mi vida,
Como un cielo presente aunque lejano,
Y de sus palmas armoniosas bajan
Noches y días alhajados de astros,
O encapuzados de siniestras nubes
Que me apuntan sus rayos…

Ellas me alzaron como un lirio roto
De mi tristeza como de un pantano;
Me desvelaron de melancolías,
Obturaron las venas de mi llanto,
Las corolas de oro de mis lámparas
De insomnio deshojaron,
Abrieron deslumbrantes los dormidos
Capullos de mis astros,
Y gráciles prendieron en mi pecho
La rosa del Encanto.

Mis alas embriagadas de pereza,
Con dulzura balsámica peinaron,
Les curaron las llagas de la tierra,
Y apartando las puertas del Milagro,
Con un gesto que hacía un horizonte
Una vía de azur me señalaron…
Yo abrí los brazos al tender las alas…
Quise volar… y desmayé en tus manos!

¿En qué tela de fuego me envolvieron
Las arañas de nieve de tus manos?
¡Red de tu alma y de tu carne, lía
Mis alas y mis brazos!

¡Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño;
Manos que me disteis gloria,
Manos que me disteis miedo!
Llevad a la fosa misma
Un pétalo de mi cuerpo…

—¿Contendrán esas manos divinas, invisible,
El doloroso signo de las supremas leyes?…
¡Yo creo que solemnes, dominarán al Tiempo!
¡Y dulces, juraría que hechizan a la Muerte!—

¡Manos que sois de la Vida!
¡Manos que sois del Ensueño!
¡Manos que me disteis gloria!
¡Manos que me distes miedo!

NOCTURNO

Engarzado en la noche el lago de tu alma,
Diríase una tela de cristal y de calma
Tramada por las grandes arañas del desvelo.

¡Nata de agua lustral en vaso de alabastros;
Espejo de pureza que abrillantas los astros
Y reflejas la sima de la Vida en un cielo!…

Yo soy el cisne errante de los sangrientos rastros,
Voy manchando los lagos y remontando el vuelo.

El cisne

Pupila azul de mi parque
Es el sensitivo espejo
De un lago claro, ¡muy claro!…
Tan claro que a veces creo
Que en su cristalina página
Se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor del agua,
Alma del lago es un cisne
Con dos pupilas humanas,
Grave y gentil como un príncipe;
Alas lirio, remos rosa…
Pico en fuego, cuello triste
Y orgulloso, y la blancura
Y la suavidad de un cisne…

El ave cándida y grave
Tiene un maléfico encanto;
—¡Clavel vestido de lirio,
Trasciende a llama y milagro!…
Sus alas blancas me turban
Como dos cálidos brazos;
Ningunos labios ardieron
Como su pico en mis manos;
Ninguna testa ha caído
Tan lánguida en mi regazo;
Ninguna carne tan viva,
Ha padecido o gozado:
¡Viborean en sus venas
Filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
Su testa está coronada;
Y va arrastrando el deseo
En una cauda rosada…

Agua le doy en mis manos
Y él parece beber fuego;
Y yo parezco ofrecerle
Todo el vaso de mi cuerpo…

Y vive tanto en mis sueños,
Y ahonda tanto en mi carne,
Que a veces pienso si el cisne
Con sus dos alas fugaces,
Sus raros ojos humanos
Y el rojo pico quemante,
Es solo un cisne en mi lago
O es en mi vida un amante…

Al margen del lago claro
Yo le interrogo en silencio…
Y el silencio es una rosa
Sobre su pico de fuego…
Pero en su carne me habla
Y yo en mi carne le entiendo.
—A veces ¡toda! soy alma;
Y a veces ¡toda! soy cuerpo.—
Hunde el pico en mi regazo
Y se queda como muerto…
Y en la cristalina página,
En el sensitivo espejo
Del lago que algunas veces
Refleja mi pensamiento,
El cisne asusta de rojo,
¡Y yo de blanca doy miedo!

Plegaria

—Eros: ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
De yo no sé qué formidable raza
En una eterna espera inenarrable.
Los cráteres dormidos de sus bocas
Dan la ceniza negra del Silencio,
Mana de las columnas de sus hombros
La mortaja copiosa de la Calma,
Y fluye de sus órbitas la noche;
Víctimas del Futuro o del Misterio,
En capullos terribles y magníficos
Esperan a la Vida o a la Muerte.
Eros: ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?—

Piedad para las vidas
Que no doran a fuego tus bonanzas
Ni riegan o desgajan tus tormentas;
Piedad para los cuerpos revestidos
Del arminio solemne de la Calma,
Y las frentes en luz que sobrellevan
Grandes lirios marmóreos de pureza,
Pesados y glaciales como témpanos;
Piedad para las manos enguantadas
De hielo, que no arrancan
Los frutos deleitosos de la Carne
Ni las flores fantásticas del alma;
Piedad para los ojos que aletean
Espirituales párpados:
Escamas de misterio,
Negros telones de visiones rosas…
¡Nunca ven nada por mirar tan lejos!
Piedad para las pulcras cabelleras

—Místicas aureolas—
Peinadas como lagos
Que nunca airea el abanico negro,
Negro y enorme de la tempestad;
Piedad para los ínclitos espíritus
Tallados en diamante,
Altos, claros, extáticos
Pararrayos de cúpulas morales;
Piedad para los labios como engarces
Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia;
—Labios que nunca fueron,
Que no apresaron nunca
Un vampiro de fuego
Con más sed y más hambre que un abismo.—
Piedad para los sexos sacrosantos
Que acoraza de una
Hoja de viña astral la Castidad;
Piedad para las plantas imantadas
De eternidad que arrastran
Por el eterno azur
Las sandalias quemantes de sus llagas;
Piedad, piedad, piedad
Para todas las vidas que defiende
De tus maravillosas intemperies
El mirador enhiesto del Orgullo:

¡Apúntales tus soles o tus rayos!

Eros: ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?…

A lo lejos…

Tu vida viuda enjoyará aquel día…
En la gracia silvestre de la aldea
Era una llaga tu perfil arcano;
Insólito, alarmante sugería
El esmalte de espléndida presea
Sobre un pecho serrano.

Por boca de la abierta ventana suspiraba
Toda la huerta en flor, era por puro
Toda la aldea el cuarto asoleado;
¿Recuerdas?… Sobre mí se proyectaba,
Más mortal que tu sombra sobre el muro,
Tu solemne tristeza de extraviado…

Tus manos alargadas de tenderse al Destino,
Todopalidecidas de amortajar quimeras,
Parecían tocarme de muy lejos…
Tus ojos eran un infinito camino
Y crecían las lunas nuevas de tus ojeras;
En solo un beso nos hicimos viejos…

—¡Oh beso!… flor de cuatro pétalos… dos de Ciencia
Y dos iluminados de inocencia…
El cáliz una sima embriagante y sombría.—
Por un milagro de melancolía,
Mármol o bronce me rompí en tu mano
Derramando mi espíritu, tal un pomo de esencia.

Tu vida viuda enjoyará aquel día…
Mi nostalgia ha pintado tu perfil Wagneriano
Sobre el velo tremendo de la ausencia.

Al lector

Actualmente preparo «Los astros del abismo». Al incluir en el presente volumen —segunda edición de «Cantos de la mañana» y de parte de «El libro Blanco»— estas poesías nuevas, no he perjudicado en nada la integridad de mi libro futuro. Él deberá de ser la cúpula de mi obra.

Y me seduce el declarar que si mis anteriores libros han sido sinceros y poco meditados, estos «*Cálices Vacíos*», surgidos en un bello momento hiperestésico, constituyen el más sincero, el menos meditado… Y el más querido.

De «Cantos de la Mañana»

1910

Fragmentos

A un poeta español.

¿De qué andaluza simiente
Brotó pomposa y ardiente
La flor de mi corazón?
Mi musa es bruna e hispana,
Mi sangre es sangre gitana
En rubio vaso teutón.

¡Mi alma, fanal de sabios
Ciegos de luz, en sus labios
—Una chispa de arrebol—
Puede recoger el fuego
De toda la vida y luego,
Todas las llamas del Sol!

¡Alma que cabe en un verso
Mejor que en un universo!
—¡Instinto de águila real
Que engarza en ave canora,
Roja semilla de aurora
En un surco musical!—

Mi sol es tu sol ausente;
Yo soy la brasa candente
De un gran clavel de pasión
Florecido en tierra extraña;
¡Todo el fuego de tu España
Calienta mi corazón!

La plebe es ciega, inconsciente;
¡Tu verso caerá en su frente
Como un astro en un testuz,
Mas tiene impulsos brutales,
Y un choque de pedernales
A veces hace la luz!

De «Elegías dulces»

I

Hoy desde el gran camino, bajo el sol claro y fuerte,
Muda como una lágrima he mirado hacia atrás,
Y tu voz, de muy lejos, con un olor de muerte,
Vino a aullarme al oído un triste «¡Nunca más!»

Tan triste que he llorado hasta quedar inerte…
¡Yo sé que estás tan lejos que nunca volverás!
No hay lágrimas que laven los besos de la Muerte…
—¡Almas hermanas mías, nunca miréis atrás!

Los pasados se cierran como los ataúdes;
Al Otoño, las hojas en dorados aludes
Quedan… y arde en los troncos la nueva floración…

—…Las noches son caminos negros de las auroras…—
Oyendo deshojarse tristemente las horas
Dulces, hablemos de otras flores al corazón.

II

¡Pobres lágrimas mías las que glisan
A la esponja sombría del Misterio,
Sin que abra en flor como una copa cárdena
Tu dolorosa boca de sediento!

¡Pobre mi corazón que se desangra
Como clepsidra trágica en silencio,
Sin el milagro de inefables bálsamos
En las vendas tremantes de tus dedos!

¡Pobre mi alma tuya acurrucada
En el pórtico en ruinas del Recuerdo,
Esperando de espaldas a la vida
Que acaso un día retroceda el Tiempo!…

La barca milagrosa

Preparadme una barca como un gran pensamiento…
La llamarán «La Sombra» unos, otros «La Estrella».
No ha de estar al capricho de una mano o de un viento:
¡Yo la quiero consciente, indominable y bella!

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
De vida sobrehumana; ¡he de sentirme en ella
Fuerte como en los brazos de Dios! ¡En todo viento,
En todo mar templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
Iré como la rota corola de un nelumbo,
Por sobre el horizonte líquido de la mar…

Barca, alma hermana; ¿hacia qué tierras nunca vistas,
De hondas revelaciones, de cosas imprevistas
Iremos?… Yo ya muero de vivir y soñar…

El vampiro

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor… ¡Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideciste
Hasta la voz, tus párpados de cera,

Bajaron… y callaste… Pareciste
Oír pasar la Muerte… ¡Yo que abriera
Tu herida mordí en ella —¿me sentiste?—
Como en el oro de un panal mordiera!

¡Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente,
Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en llanto!
Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?…
¿Soy flor o estirpe de una especie obscura
Que come llagas y que bebe el llanto?

Supremo idilio

(Boceto de un poema)

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la noche adiamantan,
Una figura blanca hasta la luz… Erguido
Bajo el balcón romántico del castillo adormido,
Un cuerpo tenebroso… Alternándose cantan.

—¡Oh tú, flor augural de una estirpe suprema
Que duplica los pétalos sensitivos del alma,
Nata de azules sangres, aurisolar diadema
Florecida en las sienes de la Raza!… ¡Suprema-
Mente pulso en la noche tu corazón en calma!

—¡Oh tú que surges pálido de un gran fondo de enigma
Como el retrato incógnito de una tela remota!…
Tu sello puede ser un blasón o un estigma;
En las aguas cambiantes de tus ojos de enigma
Un corazón herido —y acaso muerto— flota!

—Los ojos son la Carne y son el Alma: ¡mira!
Yo soy la Aristocracia lívida del Dolor
Que forja los puñales, las cruces y las liras,
Que en las llagas sonríe y en los labios suspira…
¡Satán pudiera ser mi semilla o mi flor!

Soy fruto de aspereza y maldición: yo amargo
Y mancho mortalmente el labio que me toca;
Mi beso es flor sombría de un Otoño muy largo…
¡Exprimido en tus labios dará un sabor amargo,
Y todo el Mal del Mundo florecerá en tu boca!

¡Bajo la aurora fúlgida de tu ilusión, mi vida
Extenderá las ruinas de un apagado Averno;
Vengo como el vampiro de una noche aterida

A embriagarme en tu sangre nueva: llego a tu vida
Derramada en capullos, como un ceñudo Invierno!

—¡Cómo en pétalos flojos yo desmayo a tu hechizo!…
¡Traga siniestro buitre mi pobre corazón!
En tus manos mi espíritu es dúctil como un rizo…
¡El corazón me lleva a tu siniestro hechizo
Como el barco inconsciente el ala del timón!

¡Comulga con mi cuerpo devoradora sima!
¡Mi alma clavo en tu alma como una estrella de oro;
Florecerá tu frente como una tierra opima,
Cuando en tu almohada trágica y honda como una sima,
Mis rizos se derramen en una fuente de oro!

—Mi alma es negra tumba, fría como la Nieve…
—¡Buscaré una rendija para filtrarme en luz!
—¡Albo lirio!… A tocarte ni mi sombra se atreve…
—Te abro; ¡oh mancha de lodo! ¡mi gran cáliz de nieve
Y tiendo a ti eucarísticos mis brazos, negra cruz!

Enróscate; ¡oh serpiente caída de mi Estrella
Sombría a mi ardoroso tronco primaveral!…
Yo apagaré tu Noche o me incrustaré en ella:
¡Seré en tus cielos negros el fanal de una estrella
Seré en tus mares turbios la estrella de un fanal!

¡Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida!
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión…
Seré en ti una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve; ¡llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!

—¡Oh dulce, dulce lirio!… ¡Llave de las alburas!
¡Tú has abierto la sala blanca en mi alma sombría,
La sala en que silentes las ilusiones puras
En dorados sitiales, tejen mallas de alburas!…
—¡Tu alma se vuelve blanca porque va siendo mía!

—¡Oh leyes del Milagro!… ¡yo, hijo de la sombra
Morder tu carne rubia: oh fruto de los soles!

—¡Soy tuya fatalmente: mi silencio te nombra,
Y si la tocas tiembla, como un alma mi sombra!…
¡Oh maga flor del Oro brotada en mis crisoles!

—¡Los surcos azurados del Ensueño sembremos
De alguna palpitante simiente inconcebida
Que arda en florecimientos imprevistos y extremos;
Y al amparo inefable de los cielos sembremos
De besos extrahumanos las cumbres de la Vida!

Amor es milagroso, invencible y eterno;
La vida formidable florece entre sus labios…
¡Raíz nutrida en la entraña del Cielo y del Averno,
Viene a dar a la tierra el fuerte fruto eterno
Cuyo sangriento zumo se bebe a cuatro labios!

Amor es todo el Bien y todo el mal, el Cielo
Todo es la arcada ardiente de sus alas cernidas…
Bajar de un plinto vano es remontar el vuelo…
¡Y Él te impulsa a mis brazos abiertos como el Cielo
Oh suma flor con alma, a deshojar en vidas!…

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la Noche adiamantan,
El Silencio y la Sombra se acarician sin ruido…
Bajo el balcón romántico del castillo adormido
Un fuerte claro-oscuro y dos voces que cantan…

La intensa realidad de un sueño lúgubre
Puso en mis manos tu cabeza muerta;
Yo la apresaba como hambriento buitre…
¡Y con más alma que en la Vida, trémula,
Le sonreía como nadie nunca!…
¡Era tan mía cuanto estaba muerta!

¡Hoy la he visto en la Vida, bella, impávida
Como un triunfo estatuario, tu cabeza!
Más frío me dio así que en el idilio
Fúnebre aquel, al estrecharla muerta…
¡Y así la lloro hasta agotar mi vida…
Así tan viva cuanto me es ajena!

A UNA CRUZ

Ex-voto

¡Cruz que ofrendando tu infinito abrazo
Cabe la silenciosa carretera,
Pareces bendecir la tierra entera
Y atarla al cielo como un férreo lazo!…

¡Puerto de luz abierto al peregrino
A la orilla del pálido camino!…
¡Vibre en el Tiempo la sagrada hora
Que a tu lado viví, cuando el gran broche
De nácar de la luna abrió una noche
Que pareció una aurora!…

La Luna alzaba dulce, dulcemente
El velo blanco, blanco y transparente
De prometida del Misterio; el Cielo
¡Estaba vivo como un alma!… el velo,
El velo blanco y temblador crecía
Como una blanca y tembladora nata…
¡Y la tierra inefable parecía
Un sueño enorme de color de plata!
¡Fue un abismo de luz cada segundo,
El límpido silencio se creería
La voz de Dios que se explicara al Mundo!

¡Como cayó en tus brazos mi alma herida
Por todo el Mal y todo el Bien: mi alma
Un fruto milagroso de la Vida
Forjado a sol y madurado en sombra,
Acogíase a ti como a una palma
De luz en el desierto de la Sombra!…

¡Y la Armonía fiel que en mí murmura
Como una extraña arteria, rompió en canto,
Y del mármol hostil de mi escultura
Brotó un sereno manantial de llanto!…

Así lloré el dolor de las heridas
Y la embriaguez opiada de las rosas…
¡Arraigábanse en mí todas las vidas,
Reflejábanse en mí todas las cosas!…

¡Y a ese primer llanto: mi alma, una
Suprema estatua, triste, sin dolor,
Se alzó en la nieve tibia de la Luna
Como una planta en su primera flor!

Lo inefable

Yo muero extrañamente… No me mata la Vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida…
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?…

¡Cumbre de los Martirios!… ¡Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz!…

¡Pero arrancarla un día en una flor que abriera
Milagrosa, inviolable!… ¡Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!!

* * *

La noche entró en la sala adormecida
Arrastrando el silencio a pasos lentos…
Los sueños son tan quedos que una herida
Sangrar se oiría. Rueda en los momentos

Una palabra insólita, caída
Como una hoja de Otoño… Pensamientos
Suaves tocan mi frente dolorida,
Tal manos frescas, ah… ¿por qué tormentos

Misteriosos los rostros palidecen
Dulcemente?… Tus ojos me parecen
Dos semillas de luz entre la sombra,

¡Y hay en mi alma un gran florecimiento
Si en mí los fijas; si los bajas, siento
Como si fuera a florecer la alfombra!

Las coronas

…¿Un ensueño entrañable?… ¿Un recuerdo profundo?…
¡Fue un momento supremo a las puertas del Mundo!

El Destino me dijo maravillosamente:
—Tus sienes son dos vivos engastes soberanos:
¡elige una corona, todas van a tu frente!—
¡Y yo las vi brotar de las fecundas manos,

floridas y gloriosas, trágicas y brillantes!
Más fría que el marmóreo cadáver de una estatua,
miré rodar espinas, y flores, y diamantes,
como el bagaje espléndido de una Quimera fatua.

Luego fue un haz luciente de doradas estrellas;
—¡Toma! —dijo— ¡son besos del Milagro, entre ellas
Florecerán tus sienes como dos tierras cálidas!…

…tal pupilas que mueren, se apagaron rodando…
Yo me interné en la Vida, dulcemente, soñando
hundir mis sienes fértiles entre tus manos pálidas!…

¡Vida!

A ti vengo en mis horas de sed como a una fuente
Límpida, fresca, mansa, colosal…
Y las punzantes sierpes de fuego mueren siempre
En la corriente blanda y poderosa.

Vengo a ti en mi cansancio, como al umbroso bosque
En cuyos terciopelos profundos la Fatiga
Se aduerme dulcemente, con música de brisas,
De pájaros y aguas…

Y del umbroso bosque salgo siempre radiante
Y despierta como un amanecer.

Vengo a ti en mis heridas, como al vaso de bálsamos
En que el Dolor se embriaga hasta morir de olvido…
Y llevo
Selladas mis heridas como las bocas muertas,
Y por tus buenas manos vendadas de delicias.

¡Cuando el frío me ciñe doloroso sudario,
Lívida vengo a ti,
Como al rincón dorado del hogar,
Como al Hogar universal del Sol!…
Y vuelvo toda en rosas como una primavera,
Arropada en tu fuego.

¡A ti vengo en mi orgullo,
Como a la torre dúctil,
Como a la torre única
Que me izará sobre las cosas todas!
¡Sobre la cumbre misma,
Arriscada y creciente,
De mi eterno Capricho!

¡Para mi vida hambrienta,
Eres la presa única,
Eres la presa eterna!
El olor de tu sangre,
El color de tu sangre
Flamean en los picos ávidos de mis águilas.

Vengo a ti en mi deseo,
Como en mil devorantes abismos, toda abierta
El alma incontenible…
¡Y me lo ofreces todo!…
¡Los mares misteriosos florecidos en mundos,
Los cielos misteriosos florecidos en astros,
Los astros y los mundos!
…Y las constelaciones de espíritus suspensas
Entre mundos y astros…

…Y los sueños que viven más allá de los astros,
Más acá de los mundos…

¿Cómo dejarte —¡Vida!—
Cómo salir del dulce corazón
Hospitalario y pródigo,
Como una patria fértil?…
¡Si para mí la tierra,
Si para mí el espacio,
¡Todos! son los que abarca
El horizonte puro de tus brazos!…
¡Si para mí tu más allá es la Muerte,
Sencillamente, prodigiosamente!…

Las alas

¡Yo tenía…
dos alas!…
¡Dos alas,
Que del Azur vivían como dos siderales
Raíces!…
Dos alas,
Con todos los milagros de la vida, la Muerte
Y la ilusión. Dos alas,
Fulmíneas
Como el velamen de una estrella en fuga;
Dos alas,
Como dos firmamentos
Con tormentas, con calmas y con astros…

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?…
El áureo campaneo
Del ritmo; el inefable
Matiz atesorando

El Iris todo, más un Iris nuevo
Ofuscante y divino,
Que adorarán las plenas pupilas del Futuro
(¡Las pupilas maduras a toda luz!)… el vuelo…

El vuelo ardiente, devorante y único,
Que largo tiempo atormentó los cielos,
Despertó soles, bólidos, tormentas,
Abrillantó los rayos y los astros;
Y la amplitud: tenían
Calor y sombra para todo el Mundo,
Y hasta incubar un *más allá* pudieron.

Un día, raramente
Desmayada a la tierra,
Yo me adormí en las felpas profundas de este bosque…
¡Soñé divinas cosas!…
Una sonrisa tuya me despertó, paréceme…
¡Y no siento mis alas!…
¿Mis alas?…

—Yo las *vi* deshacerse entre mis brazos…
¡Era como un deshielo!

Un alma

Bajo los grandes cielos
Afelpados de sombras o dorados de soles,
Arropada en el manto
Pálido y torrencial de mi melancolía,
Con una astral indiferencia miro
Pasar las intemperies…

Ceños
De los reconcentrados horizontes;

Aletazos de fuego del relámpago;
Deshielos de las nubes;
Fantásticos tropeles
Desmelenados de los huracanes;
Pórticos esmaltados de los iris,
Abiertos a las fúlgidas bonanzas:
¡Pasad!… ¡Yo miro indiferente y fija,
Indiferente y fija como un astro!

El nudo

Su idilio fue una larga sonrisa a cuatro labios…
En el regazo cálido de rubia primavera
Amáronse talmente que entre sus dedos sabios
Palpitó la divina forma de la Quimera.

¡En los palacios fúlgidos de las tardes en calma
Hablábanse un lenguaje sentido como un lloro,
Y se besaban hondo hasta morderse el alma!…
Las horas deshojáronse como flores de oro,

Y el Destino interpuso sus dos manos heladas…
¡Ah! los cuerpos cedieron, mas las almas trenzadas
Son el más intrincado nudo que nunca fue…
En lucha con sus locos enredos sobrehumanos
Las Furias de la vida se rompieron las manos
Y fatigó sus dedos supremos Ananké…

Fue al pasar

Yo creí que tus ojos anegaban el mundo…
Abiertos como bocas en clamor… Tan dolientes
Que un corazón partido en dos trozos ardientes
Parecieron… Fluían de tu rostro profundo

Como dos manantiales graves y venenosos…
¡Fraguas a fuego y sombra tus pupilas!… tan hondas
Que no sé desde dónde me miraban, redondas
Y oscuras como mundos lontanos y medrosos.

¡Ah tus ojos tristísimos como dos galerías
Abiertas al Poniente!… ¡Y las sendas sombrías
De tus ojeras donde reconocí mis rastros!…

¡Yo envolví en un gran gesto mi horror como en un velo,
Y me alejé creyendo que cuajaba en el cielo
La medianoche húmeda de tu mirar sin astros!

Tú dormías…

Engastada en mis manos fulguraba
como extraña presea, tu cabeza;
yo la ideaba estuches, y preciaba
luz a luz, sombra a sombra su belleza.

En tus ojos tal vez se concentraba
la vida, como un filtro de tristeza
en dos vasos profundos… Yo soñaba
que era una flor del mármol tu cabeza;…

Cuando en tu frente nacarada a luna,
como un monstruo en la paz de una laguna,

surgió un enorme ensueño taciturno…

¡Ah! tu cabeza me asustó… Fluía
de ella una ignota vida… Parecía
no sé qué mundo anónimo y nocturno…

Primavera

¡Oh despertar glorioso de mi lira
Transfigurada, poderosa, libre,
Con los brazos abiertos tal dos alas
Fúlgidas apuntadas al futuro!
¡Oh despertar glorioso de mi lira
Como un sol nuevo sobre un nuevo mundo!

No más soñar en afelpados bosques;
¡No más soñar sobre acolchadas playas!…
¡Reconcentren sus sombras los abismos;
Empínense soberbias las montañas;
Limpien los lagos sus espejos vivos;
El mar con voz, espumas, olas nuevas
Misterio de sirenas ignoradas;
Los labios de otras flores más brillantes
Rían a otros picos y otras alas;
En los vergeles estelares ardan
Otras maravillosas florescencias;
Oscurezca el dolor sus alas negras;
Agucen sus aceros las tormentas;
Todo el amor del Mundo reflorezca
En palpitantes cármenes humanos;
Al resplandor de incendio del Orgullo
Ciña el hada sombría de la Tierra
El tesoro fecundo de sus joyas!

¡Los brazos de mi lira se han abierto
Sobre una melodiosa primavera
Que encantará las cosas más lejanas,
Las más inaccesibles, las más áridas!

¡Mi lira era un capullo, sus dos brazos
Abrieron armoniosos como pétalos
De una animada flor maravillosa
Dorada a sol y electrizada a luna!

¡Los brazos de mi lira se han abierto
Puros y ardientes como el fuego; ebrios
Del ansia visionaria de un abrazo
Tan grande, tan potente, tan amante
Que haga besarse el fango con los astros…
Y otras cosas más bajas y sombrías
Con otras más brillantes y más altas!…

Oh mi lira de brazos como pétalos
¡Flor la más rara de esta primavera!

Los relicarios dulces

Hace tiempo, algún alma ya borrada fue mía…
Se nutrió de mi sombra… Siempre que yo quería
El abanico de oro de su risa se abría,

O su llanto sangraba una corriente más;

Alma que yo ondulaba tal una cabellera
Derramada en mis manos… Flor del fuego y la cera,
Murió de una tristeza mía… Tan dúctil era,

Tan fiel, que a veces dudo si pudo ser jamás…

Poemas

El diamante

Hoy, en una mano burda, instintiva, deforme, he visto el diamante más bello que pueda encender el Milagro… Parecía vivo y doloroso como un espíritu desolado… Vi fluir de su luz una sombra tan triste, que he llorado por él y por todos los bellos diamantes extraviados en manos deformes…

El raudal

A veces, cuando el amado y yo soñamos en silencio —un silencio agudo y profundo como el acecho de un sonido insólito y misterioso— siento como si su alma y la mía corrieran lejanamente, por yo no sé qué tierras nunca vistas, en un raudal potente y rumoroso…

Los retratos

Si os asomarais a mi alma como a una estancia profunda, veríais cuanto la entenebrece e ilumina la intrincada galería de los Desconocidos… Figuras

incógnitas que, acaso, una sola vez en la vida pasaron por mi lado sin mirarme, y están fijas allá dentro como clavadas con astros…

De «El Libro Blanco»

1907

El poeta leva el ancla

El ancla de oro canta… la vela azul asciende
Como el ala de un sueño abierta al nuevo día.
¡Partamos, musa mía!
Ante la prora alegre un bello mar se extiende.

En el oriente claro como un cristal, esplende
El fanal sonrosado de Aurora. Fantasía
Estrena un raro traje lleno de pedrería
Para vagar brillante por las olas.
Ya tiende
La vela azul a Eolo su oriflama de raso…
¡El momento supremo!… Yo me estremezco; ¿acaso
Sueño lo que me aguarda en los mundos no vistos?…

¿Talvez un fresco ramo de laureles fragantes,
El toisón reluciente, el cetro de diamantes,
El naufragio o la eterna corona de los Cristos?…

Por campos de ensueño

¡Pasó humeante el tropel de los potros salvajes!
¡Feroces los hocicos, hirsutos los pelajes
Las crines extendidas, bravías, tal bordones,
Pasaron como pasan los fieros aquilones!

Y luego fueron águilas de sombríos plumajes
Trayendo de sus cumbres magníficas visiones
Con el sereno vuelo de las inspiraciones
Augustas, con soberbias de olímpicos linajes,

Cruzaron hacia Oriente la limpidez del cielo;
Tras ellas como cándida hostia que alzara el vuelo,
Una paloma blanca como la nieve asoma,
¡Yo olvido el ave egregia y el bruto que foguea
Pensando que en los cielos solemnes de la Idea
A veces es muy bella, muy bella una paloma!

Noche de Reyes

«¡Tenía en las pupilas un brillo nunca visto,
Era rubio, muy dulce y se llamaba Cristo!…»

—¡Ah sigue! —el mago erguía la frente soberana—
—«Mi copa es del Oriente, es sagrado este vino.—
«Allá en Betlheem, un día legendario y divino,
«Yo vi nacer al niño de estirpe sobrehumana.

«La Miseria lamía su mano… porcelana
«Celeste con el sello de un trágico destino;
«Y Él sonreía siempre a la Miseria, al sino,
«Al cordero de nieve, a la cruz del Mañana…

¡Era mi Dios!… Ah Cristo mi piedad os reclama.
¡Mi labio aún está dulce de la oración que os llama!
Peregrinando cultos, mi rubio, infausto Dios,
No estragué de mi fe los armiños prístinos,
¡Ah! por todos los templos, por todos los caminos,
Divagando sonámbula, yo marchaba hacia Vos…

La sed

—¡Tengo sed, sed ardiente! —dije a la maga, y ella
Me ofreció de sus néctares—. ¡Eso no, me empalaga!—
Luego, una rara fruta, con sus dedos de maga,
Exprimió en una copa clara como una estrella;

Y un brillo de rubíes hubo en la copa bella.
Yo probé —Es dulce, dulce. Hay días que me halaga
Tanta miel, ¡pero hoy me repugna, me estraga!—
Vi pasar por los ojos del hada una centella.

Y por un verde valle perfumado y brillante,
Llevome hasta una clara corriente de diamante.
—¡Bebe! —dijo—. Yo ardía, mi pecho era una fragua.
Bebí, bebí, bebí la linfa cristalina…
¡Oh frescura! ¡oh pureza! ¡oh sensación divina!
—Gracias, maga, ¡y bendita la limpidez del agua!

Rebelión

La rima es el tirano empurpurado,
Es el estigma del esclavo, el grillo

Que acongoja la marcha de la Idea.
¡No aleguéis que es de oro! ¡El Pensamiento
No se esclaviza a un vil cascabeleo!
Ha de ser libre de escalar las cumbres
Entero como un dios, la crin revuelta,
La frente al sol, al viento. ¿Acaso importa
Que adorne el ala lo que oprime el vuelo?

¡Él es por sí, por su divina esencia,
Música, luz, color, fuerza, belleza!
¿A qué el carmín, los perfumados pomos?…
¿Por qué ceñir sus manos enguantadas
A herir teclados y brindar bombones
Si libres pueden cosechar estrellas,
Desviar montañas, empuñar los rayos?
¡Si la cruz de sus brazos redentores
Abarca el mundo y acaricia el cielo!

Y la Belleza sufre y se subleva…
¡Si es herir a la diosa en pleno pecho
Mermar el torso divinal de Apolo
Para ajustarlo a ínfima librea!

¡Para morir como su ley impone
El mar no quiere diques, quiere playas!
Así la Idea cuando surca el verso
Quiere al final de la ardua galería,
Más que una puerta de cristal o de oro,
La pampa abierta que le grita «¡Libre!»

La estatua

Miradla, así, sobre el follaje oscuro
Recortar la silueta soberana…

¿No parece el retoño prematuro
De una gran raza que será mañana?

¡Así una raza inconmovible, sana,
Tallada a golpes sobre mármol duro,
De las vastas campañas del futuro
Desalojara a la familia humana!

¡Miradla así —¡de hinojos!— en augusta
Calma imponer la desnudez que asusta!…
¡Dios!… ¡Moved ese cuerpo, dadle una alma!
Ved la grandeza que en su forma duerme…
¡Vedlo allá arriba, miserable, inerme,
Más pobre que un gusano, siempre en calma!

Racha de cumbres

El soberbio regazo de curvatura extraña
En ademán solemne nos brinda la montaña.

Subamos. De la cumbre, del reino de las alas
Expulsemos los cóndores, expulsemos las águilas.

Allá la novia Nieve abre su blanco velo
Que tiembla y que desmaya a los besos del cielo.

Y el mar al pie, agolpándose en la piedra y la arena.
Rompe, azota, revuelca su intrincada melena.

Allá surge la idea de un formidable mito…
Abajo lo insondable, arriba lo infinito.

Súbito al peregrino rumor de nuestra planta
Con ímpetu salvaje un ave se levanta.

Son grandes, son soberbias las aves de las cumbres,
Sus ojos tienen fríos, olímpicos vislumbres.

Abismos palpitantes, enigmas de plumaje,
Su vuelo es un nervioso martilleo salvaje.

Sus pupilas brillantes, sus pupilas oscuras,
Dan un vértigo raro: un vértigo de alturas…

¡Miradas encendidas en las cumbres!… su vuelo
Tiene una ley y un límite: el capricho y el cielo.

¡Y el pico corvo, enérgico: dominio y arrogancia!
¡El pico soberano del águila de Francia!

Y huyen como si hubieran mirado el Pensamiento…
—La montaña parece crecer para el momento.—

¿Presentirán sus alas tu misterioso alaje?…
El asombro ha debido dilatar el paisaje.

¡Y cuando allá en la cumbre como un sol que flamea
Pabellón de la Vida se levante la Idea,
Parecerá Natura un divino homenaje!

El hada color de rosa

El hada color de rosa que mira como un diamante,
El hada color de rosa que charla como un bulbul
A mi palacio una aurora llegó en su carro brillante,
Esparciendo por mis salas un perfume de Stambul.

—Toma —y una esbelta lira de oro me dio— en ella cante
La musa de tus ensueños sus parques, el cisne azul
Que tiende en los lagos de oro su cuello siempre al levante,
Y Helena que pasa envuelta en la neblina de un tul.

Busca la rima y el ritmo de un humo, de una fragancia,
Y en perlas de luz desgrana las risas de Extravagancia
Que muestra los dientes blancos a Zoilo de adusto ceño.
¡Canta en la aurora rosada, canta en la tarde de plata

Y cuando el sol, como un rey, muera en su manto escarlata,
Mientras que la noche llega, ensaya un ritmo y un sueño!

La musa

Yo la quiero cambiante, misteriosa y compleja;
Con dos ojos de abismo que se vuelvan fanales;
En su boca, una fruta perfumada y bermeja
Que destile más miel que los rubios panales,

A veces nos asalte un aguijón de abeja;
Una raptos feroces a gestos imperiales
Y sorprenda en su risa el dolor de una queja;
¡En sus manos asombren caricias y puñales!

Y que vibre, y desmaye, y llore, y ruja, y cante,
Y sea águila, tigre, paloma en un instante,
Que el Universo quepa en sus ansias divinas;
Tenga una voz que hiele, que suspenda, que inflame,
Y una frente que erguida su corona reclame
De rosas, de diamantes, de estrellas o de espinas!

La siembra

Un campo muy vasto de ensueño y milagro.
Las tierras labradas soñando simiente
Y súbito un hombre de olímpica frente
Que emperla los surcos de ardientes rubíes.
—¿Qué siembras? —le digo— ¿delira tu mente?—
—Mi sangre que es lumbre… ¡mi sangre! —contesta—

Verás algún día la mágica fiesta
De luz de mis campos; si quieres, hoy, ríe!—

—¿Reír? Eso nunca ¡respeto lo ignoto!
Me apiada la angustia grabada en tu cara
¡La angustia que implica tu siembra, tan rara!
—¡Verás algún día mis campos en flor!
Hoy mira mi herida —mostrome su pecho
Y en él una boca sangrienta— hoy repara
En mí la congoja de un cuerpo deshecho:
¡Mañana a tus ojos seré como un dios!—

……

—Talvez, talvez… —dije— ¡Seguro, seguro!
Selene hoy esboza su rostro de cera,
Tres veces que nazca, tres veces que muera
¡Y vuelve a mis campos tu brillo de aurora!

Pasaron tres lunas, tres lunas de plata—,
—¡tres lunas de hierro! soñaba en mi espera.—
Del hombre que hiciera la siembra escarlata
Marché hacia la extraña, magnífica flora.

……

—¡Hay hondas visiones, visiones que hielan,
Visiones que amargan por toda una vida!—
¡La luz anunciada, la luz bendecida
Llenando los campos en forma de flor!
Y… en medio… un cadáver… crispadas las manos
—Murieron ahondando la trágica herida—
Y en todo una nube de extraños gusanos
Babeando rastreros el sacro fulgor!

Nardos

En la sala medrosa
Entró la noche y me encontró soñando.

En el vaso chinesco, sobre el piano
Como un gran horizonte misterioso,
El haz de esbeltas flores opalinas
Da su perfume; un cálido perfume
Que surge ardiente de las suaves ceras
Florales, tal la llama de los cirios.
Blandamente yo entorno
Los ojos y abandonome a sus ondas
Como un náufrago al juicio de los mares.

De las flores me llegan dos perfumes
Flotando en el cansancio de la hora,
Uno que es mirra y miel de los sentidos
Y otro grave y profundo que entra al alma,
Abierta toda, como se entra al templo.
Y me parece que en la sombra vaga
Surgir los veo de las flores pálidas,
Y tienen bellas formas, raras formas…
Uno es un mago ardiente de oro y púrpuras,
Otro una monja de color de cera
Como un gran cirio erguida,
Y con dos manos afiladas, lívidas,
Que me abren amplias puertas ignoradas
Que yo cruzo temblando.

¡Muchas cosas me cuentan, muchas cosas,
Las flores de ópalo en su extraña lengua;
Cosas tan raras y hondas, tan difusas
En el fondo de sombras de la sala,
Que he llegado a pensarme un gran vidente
Que leyera en la calma de las cosas
Formidables secretos de la vida!

¡Oh flores, me embriagáis y sois tan blancas!
Tan blancas que alumbráis y yo os contemplo
Como el sello de Dios en las tinieblas.

¡Oh flores, hablad mucho! Acá en la sombra
Vuestras voces me llegan
Como a través del muro inderrocable
Que separa la Muerte de la Vida.

Siento venir el sueño.
¡Vuestro perfume en sus calladas ondas,
Como a un rey oriental que navegara
Majestuoso de imperio y de pereza
En su barca pomposa, a mí le trae!

¡Oh flores, hablad más, habladme mucho!
Vuestra voz no es tan clara. Decid, flores,
En la muerte invariable de esa estatua
¿No hay una extraña vida? Decid, flores,
¿Las tinieblas no son una compacta
Procesión de mujeres enlutadas
Marchando hacia la luz? Decidme, flores,
¿Qué sabéis del misterio de la vida…
De la inmensa leyenda del Calvario…
Qué del vuelo supremo de las almas?…

Las cavernas del sueño, ¡decid, flores!
¿No serán… el oasis… de la vida?…

Mi oración

Mi templo está allá lejos, tras de la selva huraña.
Allá salvaje y triste mi altar es la montaña,
Mi cúpula los cielos, mi cáliz el de un lirio;

Allá, cuando en las tardes lentas, la mano extraña
Del crepúsculo enciende en cada estrella un cirio,

Por entre los fantasmas y las calmas del monte,
Va mi musa errabunda, abriendo un horizonte
En cada ademán… Hija del Orgullo y la Sombra,
Con los ojos más fieros e intrincados que el monte,
Pasa, y el alma grave de la selva se asombra.

Y allá en las tardes tristes, al pie de la montaña,
Serena, blanca, muda, con esplendores de astro,
Erige la plegaria su torre de alabastro…
Y es la oración más honda para mi musa extraña,
Talvez porque hay en ella la voz de la montaña
Y el homenaje mudo de la natura grave…
Es la oración del alma, flor grandiosa y huraña
De los grandes desiertos, en los templos no cabe.

* * *

Mi musa tomó un día la placentera ruta
De los campos fragantes; ornada de alboholes,
Perfumando sus labios en la miel de la fruta
Y dorando su cuerpo al fuego de los soles,

Vivió como una ninfa: desnuda, en fresca gruta,
Engalanando espejos de lagos tornasoles
La gran garza rosada de su forma impoluta.
Volvió a mí como el oro de luz de los crisoles,

Más pura; los cabellos emperlados de gotas
Lucientes y prendidos de abrojos; trajo notas
De pájaro silvestre, más frescura y más fuego…
Yo peinela y vestila sus parisinas galas,

Y ella hoy grave pasea por mis brillantes salas
Un gran aire salvaje y un perfume de espliego.

Carnaval

¡Frufrúes, tintines,
Sedas, cascabeles,
Collares de risas,
Chillidos alegres!

—¿Quién es?… ¡Adelante!
—Soy yo… ¡Carnaval!
(Tintines, perfumes,
Reír de cristal.)

Vibrante mancebo
De vividos ojos,
(Cuentas, lentejuelas,
Cintarajos rojos.)

—¿Qué buscas? —Tus rimas.
¡Verás cuál se alegran!
Darelas sonrisas,
¡Y flores, y perlas!

Entre finos pajes
Y suaves duquesas,
Y blancas pelucas
De antiguas princesas;

¡Risas, jugueteos,
Estallar de flores!
¡Luchas perfumadas!
¡Lluvias de colores!

¡Saltando en los labios
De extraña careta,
El chiste que punza
Como una saeta!

¡Jugando en el baile
El pie de satín,
Lloviznen los labios
Perlado reír!

Hervor de champaña,
Chocar de cristales,
Crujidos de sedas
Y risas triunfales.

Collares, diademas,
Y cintas y tules,
Y estrellas doradas,
Y cuentas azules!

(Tintines, perfumes,
Perlado reír.)
—¿Por qué estás alegre?
—¡No sé!… ¡Porque sí!

……

……

—Ya tienes mis rimas,
Muñeco sonoro,
Yo adoro tu charla,
Tus risas adoro,

Tus cuentas chillonas
Y tus lazos rojos.
Mas, dime: ¿tu alma?
—¡Ven! ¡Mira en mis ojos!

Miré, busqué el fondo
Con rara ansiedad,

Vi un pozo muy frío, muy negro, muy hondo,
¡Y dentro la horrenda serpiente del mal!

(Tintines, perfumes,
Reír de cristal.)

De mi núMen a la muerte

Emperatriz sombría,
Si un día,
Herido de un capricho misterioso y aciago,
Yo llegara a tu torre sombría
Con mi leve y espléndido bagaje de rey mago
A volcar en tu copa de mármol mis martirios,
Sellarás más tu puerta y apagarás tus cirios…

En mi raro tesoro,
Hay, entre los diamantes y los topacios de oro,
Y el gran rubí sangriento como enconada herida,
El capullo azulado y ardiente de una estrella
Que ha de abrir a los ojos suspensos de la Vida,
¡Con una lumbre nueva, inmarcesible y bella!

El poeta y la diosa

Entré temblando a la gruta
Misteriosa cuya puerta
Cubre una mampara hirsuta
De cardos y de cicuta.
Crucé temblando la incierta

Sombra de una galería
En que acechar parecía
La guadaña de la muerte.
—El Miedo erguido blandía
Como un triunfo mi alma fuerte.—

Un roce de terciopelo
Siento en el rostro, en la mano.
—Arañas tendiendo un velo—
¡A cada paso en el suelo
Siento que aplasto un gusano!

A una vaga luz de plata,
En cámara misteriosa,
Mi fiera boca escarlata
Besó la olímpica nata
Del albo pie de la diosa!

—Brillante como una estrella.
La diosa nubla su rara
Faz enigmática y bella,
Con densa gasa: sin ella
Dicen que el verla cegara—

Ebrio de ensueños, del hada,
—Es hada y diosa— y la helada
Luz de su mística estancia.
Alzo mi copa labrada
Y digo trémulo: ¡Escancia!

Con sus dedos sibilinos.
Como un enigma que inspira,
En cien vasos opalinos
Escanciome raros vinos
A la sombra de una lira…

Un verde licor violento
Tras cuyos almos delirios
Acecha un diablo sangriento;

Otro color pensamiento
Con sueños a luz de cirios…

Y nobles zumos añejos
Con la fuerza de lo puro,
Vinos nuevos con reflejos
Imprevistos y los dejos
De un sumo néctar futuro.

Y gusté todos los vinos
De la maga, todos finos
Y —¡oh Dios!— de distintos modos,
¡Todos deliciosos, bellos!…
La maga dijo: —¿Cuál de ellos?…—
—¡Poned un poco de todos!

El poeta y la ilusión

La princesita hipsipila, vibrátil filigrana,
—Princesita ojos turquesa, esculpida en porcelana—
Llamó una noche a mi puerta con sus manitas de lis.
Vibró el cristal de su voz como una flauta galana.
—Yo sé que tu vida es gris.
Yo tengo el alma de rosa, frescuras de flor temprana,
Vengo de un bello país
A ser tu musa y tu hermana!—

Un abrazo de alabastro… luego en el clavel sonoro
De su boca, miel suavísima; nube de perfume y oro
La pomposa cabellera me inundó como un diluvio.
¡Oh miel, frescuras, perfumes!… Súbito el sueño, la sombra
Que embriaga… Y, cuando despierto, el sol que alumbra en mi alfombra
¡Un falso rubí muy rojo y un falso rizo muy rubio!

Una chispa

Fue un ensueño de fuego
Con luces fascinantes
Y fieras de rubíes tal heridos diamantes;
Rayo de sangre y fuego
Incendió de oro y púrpura todo mi Oriente gris.
Me quedé como ciego…
¡Qué luz!… —¿Y luego y luego?…
—¿Luego?… El Oriente gris…

Batiendo la selva

Cuando cruzas la selva tras los corzos sedeños
Y albos; la melena feroz, los ojos crueles,
Entre la blanca fuga de tus raros lebreles,
Sobre el corcel de nieve, Nemrod de los ensueños,

Yo deleito mi oído en el vuelo sonoro
Del alma misteriosa de tu olifante de oro,
Y golosa y alegre sonrío a la promesa
De la caza exquisita que aromará tu mesa.

Mi musa triste

Vagos preludios. En la noche espléndida
Su voz de perlas una fuente calla,

Cuelgan las brisas sus celestes pífanos
En el follaje. Las cabezas pardas
De los búhos acechan.
Las flores se abren más, como asombradas.
Los cisnes de marfil tienden los cuellos
En las lagunas pálidas.
Selene mira del azul. Las frondas
Tiemblan… y ¡todo! hasta el silencio, calla…

Es que ella pasa con su boca triste
Y el gran misterio de sus ojos de ámbar,
A través de la noche, hacia el olvido,
Como una estrella fugitiva y blanca.
Como una destronada reina exótica
De bellos gestos y palabras raras.

Horizontes violados sus ojeras.
Dentro, sus ojos —dos estrellas de ámbar—
Se abren cansados y húmedos y tristes
Como llagas de luz que se quejaran.

Es un dolor que vive y que no espera,
Es una aurora gris que se levanta
Del gran lecho de sombras de la noche,
Cansada ya, sin esplendor, sin ansias
Y sus canciones son como hadas tristes
Alhajadas de lágrimas…

Las cuerdas de las liras
Son fibras de las almas.—

Sangre de amargas viñas, nobles viñas,
En vasos regios de belleza, escancia
A manos de marfil, labios tallados
Como blasones de una estirpe magna.

¡Príncipes raros del Ensueño! Ellos
Han visto erguida su cabeza lánguida.
Y la oyeron reír, porque a sus ojos
Vibra y se expande en flor de aristocracias.

Y su alma limpia como el fuego alumbra
Como una estrella en sus pupilas de ámbar;
Mas basta una mirada, un roce apenas,
El eco acaso de una voz profana,
Y el alma blanca y limpia se concentra
Como una flor de luz que se cerrara!

* * *

Sobre el mar que los cielos del Ensueño retrata
Alza mi torre azul su capitel de plata
Que Eolo pulsa rara, dulcemente; suspira
Al pie la vaga ola su vaga serenata

Y yo sueño en los cantos que duermen en mi lira.
Cuando un ave vibrante de plumaje escarlata
En la ventana abierta se detiene y me mira:
—¿Qué haces? —dice—; ¡allá abajo es primavera!— Inspira

Ansia de sol, de rosas, de caricias, de vida,
La mágica palabra! Vuela el ave encendida.
Yo bajo, desamarro mi yate marfileño
Y corto mares hacia la alegre primavera.
A mi espalda, en las olas, solitaria y austera
Mi torre azul se yergue como un largo «¡Ave Ensueño!»

Mis ídolos

En el templo colmado de adoraciones graves,
Entre largos silencios y penumbras muy suaves,

Se alzaban revistiendo majestades supremas;
Eran muchos y varios, y a todos yo adoraba
Por igual y a sus pies yo las horas dejaba
Pasar, mudas y lentas, dibujando zalemas
Y deshojando orquídeas, entre olores complejos
De maderas de Arabia y de pétalos viejos.

Mi fe era inconmovible, pintorescos mis ritos;
Prestigiados mis ídolos por los más bellos mitos.
Me llegaban de tierras no vistas, de muy lejos.
Menudos y enigmáticos, en estuches preciosos,
Y los amé por raros, pulidos y pomposos.
Y los había bellos hasta el dolor, y feos
Hasta la risa; irónicos, con afilados dientes
Que desgarran sonriendo; rostros de camafeos
Engarzados en cuerpos dúctiles de serpientes;
Monstruos dioses con gestos indecisos y varios,
—Miradas de demonios sobre sonrisas santas—
Y en todos el gran sello de raro que a sus plantas
Hacía arder mis pupilas como dos incensarios.

Y era tal mi piedad, y era tal mi cariño
Que a sus pies todo de ellos mi corazón dormía,
Como un vaso sellado que amenaza de lleno,
O el gran capullo, hinchado de un gran lirio de armiño,
Y mi vida en un éxtasis dulcemente yacía
Como un gran lago límpido que reflejara el cielo.

Así bajo los rostros sombríos y risueños
Yo viví sin vivir, largo tiempo, rezando
O en la rueca tranquila de las horas hilando
Los copos impecables de una seda de ensueños.

Cuando a través del tiempo se abrió la inmensa puerta,
Rechinaron cruelmente los goznes enmohecidos,
Y yo cerré a la luz mis ojos entumidos…
Luego en la gloria de oro de la luz viva y cierta,
Entre un perfume alegre de flores campesinas,
Que sacudió mi espesa borrachera de incienso,

¡Surgió un ídolo nuevo, palpitante e inmenso!
Y eran sus divinas pupilas casi humanas
Y sus divinos labios reían a la vida.
Yo miré largamente la gran figura erguida
Sin descubrir las viejas frialdades sobrehumanas,

Y comparé mis ídolos imperiosos, irguiendo
Fieramente sus frágiles monstruosidades, y este
Dios que a la vida exhibe como una flor, sonriendo
Los sellos indelebles de una estirpe celeste…
Y escuché en mí una extraña discusión de mil voces…
Súbito una alocada racha de primavera
Jugueteó entre mis ídolos… vacilaron… cayeron…
¡Y hubo un gran ruido alegre de porcelana huera!
Yo reí y en mí, fiera, noblemente surgieron
En unísono coro las misteriosas voces,
¡Cantando las eternas victorias de la vida!

Luego, con los brillantes escombros formé un claro
Altar para el dios nuevo que reinó, simple y fuerte,
En la belleza austera del templo de lo raro
Donde todo vivía como herido de muerte.

Y quité el polvo viejo, las corolas marchitas,
Y traje de los campos alegres margaritas
De vividas corolas y de perfume santo.
Y ofrendé al nuevo dios mi corazón que abría
Como una flor de sangre de amor y de armonía.

¡Y le adoré con ansias y le adoré con llanto!

Misterio: ven…

Ven, oye, yo te evoco.
¡Extraño amado de mi musa extraña,

Ven, tú, el que meces los enigmas hondos
En el vibrar de las pupilas cálidas.
El que ahondas los cauces de amatista
De las ojeras cárdenas…
Ven, oye, yo te evoco.
Extraño amado de mi musa extraña!

Ven, tú, el que imprimes un solemne ritmo
Al parpadeo de la tumba helada;
El que dictas los lúgubres acentos
Del decir hondo de las sombras trágicas.
¡Ven, tú, el poeta abrumador, que pulsas
La lira del silencio: la más rara!
La de las largas vibraciones mudas,
La que se acorda al diapasón del alma!
Ven, oye, yo te evoco,
Extraño amado de mi musa extraña!

¡Ven, acércate a mí, que en mis pupilas
Se hundan las tuyas en tenaz mirada.
Vislumbre en ellas el sublime enigma
Del más allá, que espanta…
Ven… acércate más… clava en mis labios
Tus fríos labios de ámbar,
Guste yo en ellos el sabor ignoto
De la esencia enervante de tu alma!…
Ven, oye, yo te evoco,
¡Extraño amado de mi musa extraña!

Íntima

Yo te diré los sueños de mi vida
En lo más hondo de la noche azul…

Mi alma desnuda temblará en tus manos,
Sobre tus hombros pesará mi cruz.

¡Las cumbres de la vida son tan solas,
Tan solas y tan frías! Yo encerré
Mis ansias en mí misma, y toda, entera
Como una torre de marfil me alcé.

Hoy abriré a tu alma el gran misterio;
Ella es capaz de penetrar en mí.
En el silencio hay vértigos de abismo:
Yo vacilaba, me sostengo en ti.

Muero de ensueños; beberé en tus fuentes
Puras y frescas la verdad, yo sé
Que está en el fondo magno de tu pecho
El manantial que vencerá mi sed.

Y sé que en nuestras vidas se produjo
El milagro inefable del reflejo…
En el silencio de la noche mi alma
Llega a la tuya como a un gran espejo.

¡Imagina el amor que habré soñado
En la tumba glacial de mi silencio!
Más grande que la vida, más que el sueño.
Bajo el azur sin fin se sintió preso.

Imagina mi amor, amor que quiere
Vida imposible, vida sobrehumana.
Tú que sabes si pesan, si consumen
Alma y sueños de Olimpo en carne humana.

Y cuando frente al alma que sentía
Poco el azur para bañar sus alas,
Como un gran horizonte aurisolado
O una playa de luz, se abrió tu alma:

¡Imagina! ¡Estrechar vivo, radiante
El Imposible! ¡La ilusión vivida!
Bendije a Dios, al sol, la flor, el aire,
¡La vida toda porque tú eras vida!

Si con angustia yo compré esta dicha,
¡Bendito el llanto que manchó mis ojos!
¡Todas las llagas del pasado ríen
Al sol naciente por sus labios rojos!

* * *

¡Ah! Tú sabrás mi amor, mas vamos lejos
A través de la noche florecida;
Acá lo humano asusta, acá se oye,
Se ve, se siente sin cesar la vida.

Vamos más lejos en la noche, vamos
Donde ni un eco repercuta en mí,
Como una flor nocturna allá en la sombra
Yo abriré dulcemente para ti.

EXPLOSIÓN

¡Si la vida es amor, bendita sea!
¡Quiero más vida para amar! Hoy siento
Que no valen mil años de la idea
Lo que un minuto azul del sentimiento.

Mi corazón moría triste y lento…
Hoy abre en luz como una flor febea;
¡La vida brota como un mar violento
Donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría
Rotas las alas mi melancolía;
Como una vieja mancha de dolor
En la sombra lejana se deslíe…
¡Mi vida toda canta, besa, ríe!
¡Mi vida toda es una boca en flor!

Amor

Yo lo soñé impetuoso, formidable y ardiente;
Hablaba el impreciso lenguaje del torrente;
Era un mar desbordado de locura y de fuego,
Rodando por la vida como un eterno riego.

Luego soñelo triste, como un gran sol poniente
Que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
Después rio, y en su boca tan tierna como un ruego,
Sonaba sus cristales el alma de la fuente,

Y hoy sueño que es vibrante, y suave, y riente, y triste,
Que todas las tinieblas y todo el iris viste;
Que, frágil como un ídolo y eterno como Dios,
Sobre la vida toda su majestad levanta:
Y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
En una flor de fuego deshojada por dos…

El intruso

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
Cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
Luego, la puerta abierta sobre la sombra helante,
Tu forma fue una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
Bebieron en mi copa tus labios de frescura,
Y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
Me encantó tu descaro y adoré tu locura.

¡Y hoy río si tú ríes, y canto si tú cantas;
Y si tú duermes duermo como un perro a tus plantas!

¡Hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;
Y tiemblo si tu mano toca la cerradura,
Y bendigo la noche sollozante y oscura
Que floreció en mi vida tu boca tempranera!

Desde lejos

En el silencio siento pasar hora tras hora,
Como un cortejo lento, acompasado y frío…
¡Ah! Cuando tú estás lejos mi vida toda llora
Y al rumor de tus pasos hasta en sueños sonrío.

Yo sé que volverás, que brillará otra aurora
En mi horizonte grave como un ceño sombrío;
Revivirá en mis bosques tu gran risa sonora
Que los cruzaba alegre como el cristal de un río.

¡Un día, al entrarnos tristes en el camino
Yo puse entre tus manos pálidas mi destino!
¡Y nada de más grande jamás han de ofrecerte!

¡Mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo:
Pasarán entre ellas tal la sombra de un vuelo,
La Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!

La copa del amor

¡Bebamos juntos en la copa egregia!
Raro licor se ofrenda a nuestras almas.
¡Abran mis rosas su frescura regia
A la sombra indeleble de tus palmas!

Tú despertaste mi alma adormecida
En la tumba silente de las horas;
A ti la primer sangre de mi vida
¡En los vasos de luz de mis auroras!

¡Ah! Tu voz vino a recamar de oro
Mis lóbregos silencios; tú rompiste
El gran hilo de perlas de mi lloro,
Y al sol naciente mi horizonte abriste.

Por ti, en mi oriente nocturnal, la aurora
Tendió el temblor rosado de su tul;
¡Así en las sombras de la vida ahora,
Yo te abro el alma como un cielo azul!

* * *

¡Ah yo me siento abrir como una rosa!
Ven a beber mis mieles soberanas:
¡Yo soy la copa del amor pomposa
Que engarzará en tus manos sobrehumanas!

La copa erige su esplendor de llama…
¡Con qué hechizo en tus manos brillaría!
Su misteriosa exquisitez reclama
Dedos de ensueño y labios de armonía.

Tómala y bebe, que la gloria dora
El idilio de luz de nuestras almas;
¡Marchítense las rosas de mi aurora
A la sombra indeleble de tus palmas!

¡Ave, envidia!

¡Áspid punzante de la envidia, Ave!
Tú fustigas la calma que congela,

El rayo brota en la violencia, el ave
En paz se esponja y acosada vuela!

¡Si hay en Luzbel emanación divina
En ti hay vislumbre de infernal nobleza,
Rampante, alada, la ambición fascina —
Y si tu instinto al lodazal se inclina
Reptil tú eres y tu ley es esa!

Mírame mucho que mi mente inflamas
Con la luz fiera de tus ojos crueles…
¡Ah, si vieras cuál lucen tus escamas
En el tronco vivaz de mis laureles!

Gozaste el día que abismé mis galas,
Cóndor herido renegando el vuelo;
¡Hoy concluye tu triunfo, hay en las alas
Fatalidad que las impulsa al cielo!

Si de mis cantos al gran haz sonoro
Tu cinta anudas de azabache fiero,
¡Sabio te sé: de mi auroral tesoro
Lo que dejes caer yo no lo quiero!

Esa cinta sombría es la Victoria…
Cuando describes tu ondulado rastro
Por todos los senderos de la gloria
Muerdes sombras de ala, luces de astro.

Forja en la noche de tu vida impía
Cruces soñadas a mi blanca musa,
¡Si ha de vivir hasta cegar un día
Tus siniestras pupilas de Medusa!

No huyas, no, te quiero, así, a mi lado
Hasta la muerte, y más allá: ¿te asombra?
Seguido la experiencia me ha enseñado
Que la sombra da luz y la luz sombra…

¡Y estrecha y muerde en el furor ingente;
Flor de una aciaga Flora esclarecida,
Quiero mostrarme al porvenir de frente,

Con el blasón supremo de tu diente
En los pétalos todos de mi vida!

FIN

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web